

apostolado como comunicación de este amor divino, y la experiencia de una constante alegría y esperanza. Finalmente, el epílogo de esta obra, explica cómo la fidelidad es la mejor forma de realizar este *mandatum novum*. En efecto, no se necesita un nuevo o renovado cristianismo para vivir mejor la caridad, porque las exigencias de este amor son las mismas siempre.

Este libro no es un tratado teológico de la caridad. Es más un libro con reflexiones ordenadamente expuestas sobre este tema. Las ideas se exponen de forma muy sencilla para un público general. Además, puede ser una fuente de inspiración para poder concretar formas de vivir la caridad. Ayuda mucho que el autor relacione la Sagrada Escritura, la Tradición, el Magisterio de los papas (especialmente del Papa Francisco), y el mensaje de San Josemaría Escrivá.

Guillermo Chang Chuyes

### **Mario Arroyo Martínez Fabre, *Ciencia y Fe ¿Un equilibrio posible?* Lima, Fondo Editorial UCSS, 2015.**

Un tópico bastante difundido sostiene la existencia de una oposición irreconciliable entre ciencia y fe, que vendrían a ser dos realidades antagónicas, en competencia por cautivar al espíritu humano. A ojos de muchos el avance de la ciencia corre parejo al declive de la religión en una relación directamente proporcional. El presente libro busca desmitificar tal supuesto y descubre su falsedad, ofreciendo unas herramientas básicas de interpretación que permiten reconocer la maravillosa armonía que puede existir entre ambos ámbitos del conocimiento, como consecuencia de fundarse los dos en la única verdad, a la cual se accede con métodos diferentes.

El autor busca el origen de la supuesta confrontación. Lo encuentra en el famoso “caso Galileo”. Ofrece un análisis histórico del proceso a Galileo, contextualizándolo y aprovechando para denunciar inexactitudes difundidas frecuentemente. Pero no se limita a ese momento del Renacimiento italiano.

El recorrido histórico que ofrece el texto es amplio, y muestra, por contraste, cómo en realidad la ciencia ha nacido y se ha desarrollado en un contexto cristiano. Los estudios historiográficos, así como los de filosofía de la ciencia no dejan espacio a las dudas: la cosmovisión cristiana del mundo, su confianza en su racionalidad, al ser obra de un Creador inteligente, el hecho de que el hombre tenga semejanza con su Creador precisamente en la posesión de una inteligencia, así como el haber recibido el encargo de transformar al mundo, permitieron que surgiera la ciencia moderna.

El autor hace un recorrido histórico, desde los inicios de la institución universitaria, tan importante para la acumulación y desarrollo del conocimiento en la humanidad, pasando después por un elenco, si no exhaustivo sí amplio de científicos cristianos, para mostrar con hechos fehacientes que no existe tal opo-

sición. De hecho, de forma institucional la Iglesia ha promovido el desarrollo científico, primero con la Academia dei Lincei, presidida en su momento por el mismo Galileo, y más tarde a través de la Pontificia Academia de la Ciencias. Por si fuera poco, algunos de los científicos más notables de la historia han sido eclesiásticos, como es el caso de Copérnico, Gregor Mendel y George Lemaître. Incluso, algún científico ha sido beatificado, como Nicolás Steno, o está en proceso de canonización, como Jérôme Lejeune.

El libro deja constancia, en consecuencia, de que históricamente es incorrecto sostener una oposición entre ciencia y fe, más bien ha sucedido, de hecho, todo lo contrario, y es a todas luces injustificado generalizar un caso aislado, el de Galileo, para fundamentar tal oposición. Pero no se queda en el análisis histórico, busca indagar en las causas más profundas de esa oposición, así como ofrecer lo que podríamos llamar, la “cura del tónico”, es decir, cómo hacer para que no se repitan estas inexactitudes. El autor encuentra la clave de esas incomprendimientos en la falta de interdisciplinariedad, o dicho en positivo, propone el desarrollo del conocimiento interdisciplinar para que no se den en adelante tales desencuentros.

El libro muestra, con casos concretos, cómo muchas veces los científicos creen encontrar oposición entre ciencia y fe, pero lo hacen no basados en su ciencia, sino en sus presupuestos filosóficos, sostenidos quizá de forma inconsciente. Es decir, son sus prejuicios o los presupuestos de los que parten, o la peculiar interpretación que hacen de los propios hallazgos los que se oponen a la religión, pero no los hallazgos mismos, no la ciencia en sí misma. Ello sucede muchas veces porque el científico desconoce la filosofía, o la religión, o ambas. Hace falta en consecuencia un serio esfuerzo por tender puentes entre los distintos tipos de saber para desenmascarar tales abusos metodológicos.

El error metodológico se ha dado históricamente de los dos lados. En el caso eclesiástico, cuando por motivos teológicos condenó los genuinos avances científicos de Galileo. Pero eso fue en el siglo XVII, y como quedó sentado más arriba, jamás se ha vuelto a repetir. En cambio, a partir de la Ilustración las intromisiones e inexactitudes han sido más frecuentes, incluso generalizadas, en sentido inverso. El vertiginoso despegue del saber científico le ha conducido, con frecuencia, a despreciar otros tipos de conocimiento. El autor pone sumo cuidado, por un lado en valorar convenientemente el avance científico, y por otro, en no idealizarlo (como sucede en ambientes científicistas). A tal efecto muestra cómo históricamente la ciencia no ha sido inmune a la ideología, y cómo muchas veces una componente humana inapropiada –el orgullo, el afán de notoriedad– ha ocasionado descalabros en el cultivo de la ciencia. Por último se muestra cómo la ciencia necesita de otros tipos de conocimiento –no se basta a sí misma– los ejemplos de Hiroshima y Auschwitz son elocuentes. Además, la filosofía de la ciencia contemporánea ha mostrado cómo en realidad nunca se llega a la total certeza de la fiabilidad de un determinado conocimiento, y cómo

la ciencia avanza por medio de la falsación, más que a base de demostrar postulados.

Para evitar estas situaciones patológicas esta obra propone dos antídotos: rigor metodológico, es decir, ser consciente, si una afirmación es científica, filosófica –por ser, por ejemplo, una interpretación particular de un resultado científico– o religiosa. En segundo lugar se propone una sana interdisciplinariedad, fruto del auténtico amor a la verdad, que requiere una disposición moral muy importante: la humildad, la apertura a lo que las demás personas o diferentes ámbitos del saber puedan aportar.

En el libro se efectúa un sucinto ejercicio de esta mentada interdisciplinariedad con rigor metodológico. Se analiza, con cierto detalle, los ámbitos en los que los hombres medianamente cultivados en la actualidad creen encontrar una oposición irreconciliable entre ciencia y fe, que serían la “Teoría del Big bang” o del origen del universo, y la “Teoría de la Evolución” o del desarrollo de la vida. El texto aborda ambas temáticas desde una perspectiva interdisciplinar: científica, filosófica y religiosa. Busca dejar en claro hasta donde llega la ciencia, en qué punto comienza la interpretación –filosófica o ideológica– de esa ciencia, y qué afirma realmente la religión. Efectivamente, muchas veces se supone que la religión o la Biblia afirman algo que en realidad no hacen. Una valiosa aportación del libro en este aspecto, que no suele aparecer en los textos que abordan la temática, es precisar qué es exactamente lo que ha dicho la Iglesia sobre estos temas, así como explicar qué dice la Escritura o cómo se interpreta la Biblia en los pasajes que pudieran sugerir un conflicto con los desarrollos científicos.

Una vez que ha ofrecido estos criterios hermenéuticos para aproximarse a esta rica e intrincada problemática, pasa a exponer lo que dicen diversos grupos de científicos al respecto. Primero desarrolla las aportaciones de los científicos creyentes, después, con el conveniente comentario crítico, hace un repaso de los principales científicos ateos o agnósticos que creen encontrar una oposición irreductible entre ciencia y religión, los cuales muchas veces tienen un gran eco mediático, y cuya notoriedad los coloca en una especie de “Olimpo” inaccesible a la crítica. Por último hace un curioso elenco de científicos agnósticos o ateos que sostienen, sin embargo, que no tiene por qué haber oposición entre ciencia y fe.

Este último hecho, es decir, constatar que existan científicos tanto creyentes como ateos, y ateos que ven oposición entre ciencia y fe como los que no la ven, es una muestra palmaria de que, en cualquier caso, la relación entre ciencia y fe no es una cuestión científica, sino más bien filosófica. La evidencia de esto revela la inconsistencia del tópico de que ciencia y religión son antagónicas, o de que la ciencia ha demostrado la no fiabilidad de la religión. La conclusión del libro es alentadora en este sentido: la verdad es un tema siempre abierto, y existen múltiples caminos que nos conducen a ella, los cuales, si bien son diferentes, no tienen por qué ser contradictorios. La consecuencia práctica es que

perfectamente se puede ser una persona creyente y caminar con paso firme y seguro, a través del apasionante mundo del conocimiento científico.

Luis Eguiguren C.

**Nicanor Mujica Álvarez Calderón y Francisco Mujica Serelle, *Nicanor Mujica Álvarez Calderón. Memorias para un país desmemoriado*. Lima, Gráfica, 2015.**

La narración de la vida de su padre, por Francisco Mujica Serelle, tomando manuscritos suyos, justifica la autoría de ambos en la portada del libro. Es una historia interesante de comienzo a fin, en sus 672 páginas, para quienes entendemos que el amor a la patria se alimenta del profundo conocimiento de la misma.

El personaje del libro, Nicanor Mujica Álvarez Calderón, acompaña al lector prácticamente a lo largo del siglo XX peruano, salvo los tiempos de exilio en el extranjero. La deportación de los periodistas por el gobierno de Velasco, del que fui una de las víctimas, fue una amable cortesía del gobierno militar para visitar Argentina, comparada con los sufrimientos y prisiones, soledades y vicisitudes de las deportaciones apristas de las primeras décadas del siglo, de las que Nicanor Mujica fue uno de los sujetos pasivos.

La generación actual podrá revivir los afanes de sus abuelos, si los tuvieron en esas correrías político partidarias de entonces, y entender lo que antaño se decía de la “mística aprista”, ahora desaparecida.

Nicanor Mujica fue director del diario *La Tribuna*, como consta en el libro. Desde los años escolares, compartí con Francisco Mujica la afición de escribir: ambos fuimos integrantes del consejo de redacción de la revista del colegio. La vena de escritor aflora en Francois en este libro, como ya lo había hecho antes en el breve perfil de su padre publicado hace unos años. Escritor el padre y el hijo: lo que se hereda no se hurta.

Gracias a Francois, que me facilitó el ingreso, conocí a Víctor Raúl Haya de la Torre en una casa de Miraflores. Sin su figura no se entiende la vida de Nicanor Mujica. En esa ocasión, Haya recomendó a Francois complementar sus estudios universitarios en París después de graduarse en Lima, como en efecto hizo, no sé si con injerencia del líder aprista o sin ella. Pude comprobar en ese episodio, y en toda la lectura de este libro, el estilo austero y a la vez el liderazgo natural que tuvo el fundador del APRA.

Se recoge en el libro el impacto formativo que el paso por el colegio de los Sagrados Corazones La Recoleta tuvo en la trayectoria vital de Nicanor Mujica. Aprendió virtudes y valores, honor y dignidad, entre otras cosas que hoy hay que encontrar más en la historia republicana que en la política actual. Hugo